

ALFAGUARA



Santiago Roncagliolo

Tan cerca de la vida

I

Al llegar, Max tuvo un sueño extraño. O quizá no fue un sueño.

Quizá era el *jet lag*. Había volado más de doce horas sin saber dónde terminaba la mañana y dónde comenzaba la noche. Había dormido sentado, alternando la vigilia con desagradables pesadillas. Hasta donde recordaba, el vuelo había sido sólo un largo y espeso duermevela. Y las cosas no mejoraron en el aeropuerto. Se sentía mareado y aturdido, y le costaba entender por dónde ir o qué hacer. Imitaba torpemente a los demás pasajeros en la esperanza de salir de ahí tarde o temprano.

En el pasillo a la aduana, llamó su atención un cartel:

BIENVENIDO A TOKIO
SI SIENTE ALGÚN TIPO DE MALESTAR,
FIEBRE O TOS, PASE A LA ENFERMERÍA

Max consideró la posibilidad de acercarse, pero no estaba seguro de en qué órgano de su cuerpo se hallaba el problema. Lo que tenía no era tos ni fiebre, aunque sí, en términos estrictos, un malestar. Se preguntó si podrían impedirle la entrada al país en caso de portar algún virus. Escudriñó la enfermería de reojo, como un prófugo, tratando de evitar llamar la atención. En el interior, había un enfermero con la cara oculta bajo una mascarilla. Max sintió que debajo de esa máscara no había un rostro. Desvió la mirada. En un rincón, una pantalla escaneaba a los pasajeros y los convertía en siluetas de co-

lores. Entre las siluetas, Max descubrió la suya: una figura de tonos desvaídos detenida en una esquina del cuadro. Siguió de largo.

Tardó poco en migraciones y en aduana, pero el tiempo se había vuelto elástico, lento. Cuando logró salir, le pareció que llevaba horas caminando.

Llamó a un taxi. Cuando se detuvo, Max creyó que era un vehículo fantasma, sin conductor. Pero luego comprendió que el volante estaba a la derecha, como en los autos ingleses. Trató de abrir la puerta de atrás sin conseguirlo. El cerrojo estaba echado y, por más que forcejeó, la puerta no se movió. Malhumorado, Max golpeó la ventanilla e insultó al taxista vanamente en su idioma. Llevaba demasiado tiempo en un avión para además tener paciencia con un maldito taxi. Nada ocurrió. Ya iba a alejarse pero la puerta se abrió sola, como si tuviese voluntad propia.

Max arrojó su maleta en el interior, y luego se arrojó él mismo en el asiento de atrás. En su cabeza asomó la idea de que había vuelto a ser un niño, y que tendría que aprender a vivir todo de nuevo, hasta las cosas más pequeñas. Era un pensamiento muy extravagante, y no entendió por qué se le había ocurrido.

El aeropuerto quedaba lejos de la ciudad. El taxi atravesó una zona industrial interminable. Después, en la ventanilla empezaron a sucederse imágenes que Max había visto en otras ciudades, la mayoría sólo en películas: un castillo de Disney, un puente de Brooklyn sobre un fondo de edificios, una Torre Eiffel. Tokio parecía infestado de réplicas, como un parque temático de las grandes ciudades. Ese pensamiento era igual de absurdo que el anterior, pero a Max le hizo reír.

Ya en la ciudad, el taxi enfiló por una autovía aérea y circuló entre los edificios, a la altura de las ventanas, como si navegase por el aire. El paisaje era sólo una invariable serie de torres de hormigón. Ningún área verde.

Ninguna casa de una planta. En el tablero de mandos, la pantalla del GPS parpadeaba con mapas de la ciudad y caracteres japoneses.

—¿En qué parte de la ciudad estamos? —preguntó Max en una lengua que, según pensó, el taxista podía comprender—. ¿Esto es el este? ¿El oeste? ¿Es un barrio rico o pobre?

El taxista no dijo nada. No dio señales de haberle escuchado siquiera. Max repitió la pregunta en voz más alta, con el mismo silencioso resultado.

Un grueso cristal de seguridad separaba al conductor de los asientos traseros. Max pensó que quizá estaba insonorizado. La posibilidad era un poco delirante, pero no más que las puertas automáticas o los volantes a la derecha. Tocó con los nudillos el cristal, pero el taxista tampoco respondió esta vez. Al contrario, aumentó la velocidad. A su alrededor, los edificios se movían más rápido, uno tras otro, huyendo en el espejo retrovisor. Max golpeó el cristal con un poco más de fuerza. Finalmente, presa de un pequeño arranque de histeria, lo aporreó con la mano abierta, ya sin ganas de conversar, sólo para que el chofer no lo ignorase.

No obtuvo respuesta.

Sólo cuando abandonaron la autovía y entraron en el tráfico de la ciudad, el conductor dijo algo. Casi nada. No más de uno o dos rápidos monosílabos, Max no llegó a entender sus palabras. Ya en una calle normal, entre tiendas de comida rápida y oficinas, el taxi aminoró la marcha hasta detenerse frente a un semáforo. Y el conductor volteó a ver a su cliente.

Max no pudo creer lo que veía a través del cristal.

El conductor tenía su mismo rostro, como si se estuviese mirando en un espejo.

Max se sobresaltó. Pero el conductor no debía notar nada extraño, porque le dirigió una sonrisa de cortesía. Incluso su dentadura era la de Max. El mismo colmillo

torcido. El mismo hoyuelo en la mejilla. El mismo lunar en el cuello. El mismo hombre, en suma.

Max perdió el aire. Una mano invisible le oprimió el corazón. Trató de abrir la puerta pero, por supuesto, eso no dependía de él. Miró a su alrededor en busca de la realidad, o de ayuda. En el auto del costado, un hombre tarareaba una canción despreocupadamente. Max trató de llamarlo, hasta que reparó en su perfil. La nariz larga, con un ligero ensanchamiento en el tabique. El ángulo de la oreja. Las pestañas largas. Era él, Max. Un Max con aspecto de ir a casa a almorzar. El hombre del otro coche también era Max, un Max con más prisas, estresado. El taxista preguntó:

—¿Está todo bien, señor?

Sonó con un fuerte acento japonés, pero él seguía siendo Max.

Presas del pánico, Max —el original— desvió la vista hacia los peatones que esperaban la luz verde. Se reconoció en cada rostro de la multitud. En el caballero con corbata que parecía llegar tarde a una reunión. En el obrero con casco y chaleco reflectante. Incluso en los niños. En las ancianas. Todos eran versiones idénticas de él mismo.

Trató de gritar, pero su garganta sólo dejó escapar un silbido sordo. Sintió que se ahogaba.

Y entonces abrió los ojos.

—¿Está todo bien, señor?

El conductor —un conductor normal, con una cara propia y una voz propia— golpeaba el cristal de seguridad con los nudillos. Max miró a su alrededor. Estaban detenidos en un estacionamiento, frente a una puerta deslizante. El GPS brillaba con su mezcla de dibujos e ideogramas, indistinguibles unos de otros. Afuera, un botones se acercaba al vehículo. Con alivio, Max constató que el botones tampoco se le parecía. Era sólo un botones. Trató de incorporarse y abrir la puerta con una mano que adi-

vinó sudorosa. No lo consiguió. De nuevo se sintió atrapado. Presa del miedo.

Se volvió hacia el conductor. El taxista señalaba insistentemente una pantalla entre los dos asientos delanteros. La pantalla indicaba el importe del trayecto. A su lado había una ranura para introducir tarjetas de crédito. Sólo esperaba que pagase antes de abrirle la puerta.

Max pasó la tarjeta de la empresa. Marcó su clave. Al fin, la puerta del coche se abrió, dejando entrar una bocanada de aire fresco.

II

Max ascendió hasta el piso cuarenta y cinco. En las tres paredes del ascensor se vio multiplicado por los espejos, que le recordaron su extraño sueño. Era el *jet lag*, sin duda. Estaba aturdido. En realidad, llevaba meses aturdido. Desde el accidente. Pero no. No quería pensar en eso. No debía pensar en eso. Era el *jet lag*.

Cuando se abrieron las puertas, se encontró en un suntuoso salón de té, un escenario tan imponente que lo arrancó de sus divagaciones. De un lado brotaba agua de una fuente de mármol. Del otro extremo se encontraba la recepción del hotel. Entre las mesas decoradas con flores, circulaban mujeres vestidas con quimono que vertían humeantes infusiones en las tazas. Pero lo más impactante eran las vistas. Gigantescos ventanales encerraban el salón de té como si fuese una gran caja de cristal suspendida en el aire. Allá abajo, muy abajo, edificios iguales entre sí cubrían el paisaje hasta perderse en el horizonte, como un bosque de cemento.

Entonces llegaste tú. Llevabas el uniforme del hotel y te situaste a su lado, esperando pacientemente a que él reparase en tu presencia. Hacías lo mismo con todos los huéspedes. No querías interrumpir sus pensamientos, ni parecer violenta. No te importaba tu tiempo. Te importaba su confort. Cuando Max al fin volteó a verte, le hiciste varias reverencias. Aun así, tardó en comprender que estabas ahí para recibirlo. Balbuceó algo en su idioma, pero tu rostro se mantuvo imperturbable. Tras unos instantes de duda, habló en una lengua que tú entendías:

—Trabajo en la corporación —dijo.

Mantuviste una inexpresiva cortesía. Nunca contradecías a un huésped, ni le hacías sentir que no se explicaba bien. Sólo te quedabas mirándolos, esperando a que terminasen de formular sus deseos. Él trató de expresarse mejor:

—Vengo a la convención... ¿Sabe? ¿La convención?

Le dedicaste una intensa atención, como si él acabase de decir algo realmente importante. En cierto modo, te inspiró ternura, como un animalito perdido entre las colinas. Con delicadeza, lo acompañaste al mostrador. Él te extendió su pasaporte mientras buscabas su registro en una computadora. Tecleaste, primero calmadamente, luego más rápido. Después de varios minutos, sonreíste de nuevo, pero no comunicaste ningún progreso. Seguiste tratando de localizarlo en el registro.

Max empezó a sospechar que el trámite tardaba demasiado. Por un momento, tuvo la incómoda sensación de haber desaparecido de la faz de la tierra, de haber quedado borrado. Por fin, hiciste girar la pantalla de la computadora. Él pensó que le mostrarías su reserva, pero tus gestos eran interrogativos. Max comprendió lo que le preguntabas. En la pantalla aparecían ocho convenciones diferentes, de diversos temas, desde floristería hasta alta cocina. Todas tenían lugar en el hotel en esos días.

Max examinó la lista y finalmente señaló una de las opciones:

INTELIGENCIA ARTIFICIAL:
RETOS Y PERSPECTIVAS PARA EL SIGLO XXI
ORGANIZA: CORPORACIÓN GÉMINIS

Volviste a teclear. El tacatacataca de tus dedos sonaba como un reloj en un interrogatorio. Después de varias consultas informáticas, te llevaste las manos a la cara y te encogiste de hombros. Tu mirada expresaba frustración. Le dedicaste una nueva salva de reverencias a Max.

—Mire, he tenido un vuelo terrible y me siento muy mal —Max trató de que sus palabras sonasen autoritarias, pero incluso a él le sonaron como súplicas—. Si no estoy registrado, terminaré durmiendo en la calle.

Sacudiste las manos, como si apagasen un pequeño incendio. Después las juntaste en una especie de rezo en miniatura. Como siempre, considerabas que cualquier posible error debía ser tuyo o del hotel. Nunca del cliente. Encontraste una habitación vacía asignada para la convención, le señalaste a Max el registro para que lo firmase y le entregaste una tarjeta.

Max recibió la tarjeta con alivio. Sólo entonces se fijó en ti con más detalle. Le llamaron la atención tus dedos, largos y delgados. Ese día —como casi todos los días— llevabas el pelo recogido hacia atrás en un moño. Así, sin el marco de la cabellera, tu rostro se veía muy redondo, y parecía hecho sólo de pequeñas piezas: una nariz diminuta, unos ojos rasgados, unos labios carnosos pero compactos. Tu cara aspiraba a la armonía, a evitar cualquier exceso. Olías a jazmín, pero no como un perfume artificial, sino como si fuera el olor natural de tu piel. De tu pecho colgaba una insignia con el logotipo del hotel y tu nombre: Mai.

Tú misma lo acompañaste al ascensor, a uno distinto del anterior. El primer elevador se usaba para llegar al lobby. Su recorrido terminaba en el piso cuarenta y cinco. Éste en cambio comenzaba ahí, y era el de las habitaciones. Ascendió nueve pisos más y se abrió ante un intrincado laberinto de pasillos sin ventanas. Te adelantaste. Max te siguió. Como la mullida moqueta amortiguaba el sonido de tus pies, dabas la impresión de deslizarte en vez de andar. A lo largo del laberinto, Max creyó pasar varias veces por el mismo sitio, pero tú seguiste adelante sin asomo de dudas, volteando de vez en cuando para sonreírle.

La habitación 5401 estaba situada en un rincón. Abriste la puerta e invitaste a Max a pasar con un gesto

ceremonioso. Él se internó en un breve corredor de dos metros, flanqueado por un armario de un lado y el baño de otro, hasta llegar al dormitorio propiamente dicho. Tomó nota mental de los objetos: una cama muy grande entre dos veladores, frente a un televisor de pantalla plana de cuarenta y seis pulgadas. Y más allá, contra la ventana, una mesa de madera pulida con dos sillas y útiles de oficina. La habitación daba al lado contrario que el salón de té de la recepción, pero el paisaje en la ventana era el mismo: innumerables edificios hasta el horizonte. Max no recordaba haberse quedado en un cuarto tan lujoso nunca antes.

—¿Está usted segura de que ésta es mi habitación?

Hiciste una nueva reverencia. Por lo general, los clientes eran altivos y apenas te miraban. Te agradó el trato de este hombre. Te parecía amable y tenía un punto de inocencia. Max sacó unos billetes de su bolsillo y te los ofreció. Era la costumbre, o al menos era lo que había visto en las películas de gente llegando a hoteles. Pero aquí no se hacía eso. Tú pareciste asustarte al ver el dinero. Negaste con la cabeza. Sin embargo Max insistió. Suponía que era el rito habitual, como cuando todos los comensales insisten en invitar una cena. Tú seguiste negándote y cruzaste las muñecas, un gesto que para él no significaba nada. Él pensó que quizá la cantidad era ofensiva. Te ofreció más dinero. Tú te limitaste a hacer una última reverencia y abandonar el cuarto.

Ya a solas, Max examinó la superficie del escritorio: una carpeta de notas encuadernada en cuero y varias plumas. Y junto a ellas, una bandeja de frutas bañadas en chocolate, cortesía del hotel. El cubrecama estaba tejido con una tela suave y estampado con motivos vagamente japoneses, probablemente cerezos en flor. Sin duda, se trata de un error, pensó. Este cuarto —sobre todo esa vista de la ciudad— debe estar reservado para algún ejecutivo importante. Sin embargo, decidió que lo disfrutaría mien-

tras lo tuviera. Y cuando se lo quitaran, se llevaría todos los útiles de aseo del baño, que incluían hasta lociones y pomadas. En los hoteles, había escuchado alguna vez, la verdadera diferencia de categoría está en los baños.

Como para confirmar sus expectativas, atravesó de vuelta el dormitorio. Le vendría bien una ducha, y una buena cepillada de dientes. Probablemente tenía incluso albornoces y pantuflas a su disposición. Soñó con una sesión de relax e higiene para inaugurar su visita a la ciudad. Relajado por esta idea, silbó algunas notas de una canción popular. Pero un paso antes del baño, frenó en seco. Palideció.

Ahí adentro había alguien.

Lo había visto moverse. Apenas una sombra asomándose rápidamente al umbral. Un escalofrío recorrió la espalda de Max. Consideró la posibilidad de llamarte, pero comprendió que no sabría qué decir. «Hay alguien en mi baño» no debía ser una queja habitual. Además, no tenía por qué sentirse amenazado. A lo mejor era el verdadero inquilino de la habitación. O quizá se trataba de ti. Quizá estabas verificando el orden del cuarto de baño. Pensó que esas posibilidades eran tan absurdas como cualquier otra. Era absurdo, de hecho, que hubiese alguien en el baño.

Se decidió a enfrentar al intruso. En principio, nada grave podía ocurrirle. Y si ese alguien aún no se había manifestado, era probable que estuviese tan asustado como Max. Respiró hondo, se aflojó la corbata y se pegó a la pared. Sentía el corazón latir violentamente en su pecho. Él creía actuar con sigilo, pero más bien andaba con pesadez. Al fin llegó al umbral. En un raptó de decisión, pateó la puerta y entró dando un grito. Llevaba los brazos en alto, aunque no sabía si para atacar o para defenderse.

Una vez dentro, al no encontrar resistencia, encendió la luz. Frente a él, en efecto, alguien se movía. Era su propio reflejo, en uno de los dos grandes espejos del baño.

Al principio, casi no se reconoció en ese hombre pálido, con los ojos inyectados de sangre y el rostro demacrado que lo observaba desde la pared. Pero terminó por asumir que era él mismo.

De todos modos, eso no lo hizo sentir más tranquilo.